

# La fuga de Sharpe



Bernard Cornwell

En 1810, el poderoso y bien pertrechado ejército napoleónico se dispone de nuevo a invadir Portugal desde la frontera española y empujar a los británicos hasta el mar. Sin embargo, deberán enfrentarse a algunos problemas: ante ellos se extienden unas tierras devastadas y en las que Wellington ha logrado que la comida sea inencontrable y, quizás la más importante, Richard Sharpe está ansioso por entrar en combate.

Cornwell nos hace una magnífica descripción de la alianza entre portugueses y británicos y del extraordinario enfrentamiento entre Wellington y Masséna en la batalla del Bussaco.

*La fuga de Sharpe*  
es para CeCe

## Primera Parte

## CAPÍTULO 1

El señor Sharpe estaba de mal humor. Estaba de un humor de perros. En opinión del sargento Harper, se estaba buscando problemas, y Harper rara vez se equivocaba acerca del capitán Sharpe. El sargento Harper conocía lo bastante bien a su capitán como para no trabar conversación con él cuando Sharpe se hallaba de tan mal talante pero, por otro lado, a Harper le gustaba vivir peligrosamente.

—Veo que le han zurcido el uniforme, señor —dijo alegremente.

Sharpe hizo caso omiso del comentario y siguió marchando, subiendo por la desnuda cuesta portuguesa bajo el sol abrasador. Era el mes de septiembre de 1810, casi otoño, aunque el calor de finales de verano azotaba el paisaje como en un horno. En lo alto de la colina, a una distancia aproximada de un kilómetro y medio por delante de Sharpe, se alzaba un edificio de piedra que parecía un granero junto a una adusta estación telegráfica. Dicha estación era un andamiaje de maderos negros que sostenía un mástil alto del que unos brazos de señales colgaban inmóviles en el calor de la tarde.

—No es frecuente ver unas puntadas tan bien hechas como las de esa casaca —siguió diciendo Harper, con aire de absoluta despreocupación—, y yo diría que no lo hizo usted. Parece obra de una mujer, ¿y lo es? —dijo una entonación interrogativa a las tres últimas palabras.

Sharpe no dijo nada. La espada de caballería de hoja larga y recta le golpeaba el muslo al subir. Llevaba un fusil colgado al hombro. Un oficial no tenía por qué llevar un ar-

ma larga como sus soldados, pero Sharpe había sido soldado raso y estaba acostumbrado a ir a la guerra con un arma como era debido.

—¿Fue alguien que conoció en Lisboa? —insistió solícito Harper.

Sharpe estaba que estallaba, pero fingió no haberlo oído. La guerrera de su uniforme, que, tal como Harper había observado, estaba muy bien zurcida, era de color verde. Sharpe había sido fusilero. No, él todavía se consideraba un fusilero, uno de los soldados de élite que llevaban el rifle Baker y vestían de verde oscuro en lugar de rojo, pero los avatares de la guerra lo habían dejado abandonado a su suerte junto a unos cuantos de sus soldados en un regimiento de casacas rojas y ahora estaba al mando de la compañía ligera del South Essex, que lo seguía montaña arriba. La mayoría de sus miembros llevaban las casacas rojas de la infantería británica e iban armados con mosquetes de ánima lisa, pero había unos cuantos, como el sargento Harper, que seguían llevando sus viejas casacas verdes y combatían con el rifle.

—Bueno, ¿quién era ella? —se atrevió a preguntar finalmente Harper.

—Sargento Harper —al final Sharpe se vio empujado a decir—, si quiere buscarse problemas, siga hablando.

—Sí, señor —repuso Harper con una sonrisa burlona.

Harper era del Ulster, era católico y era sargento, por lo cual se suponía que no debía ser amigo de un hombre inglés, pagano y oficial, pero lo era. Sharpe le caía bien y sabía que él también le caía bien a Sharpe, aunque fue lo bastante sensato para no decir nada más. En cambio, se puso a silbar los primeros compases de la canción «I would that the wars were all done».

Inevitablemente, Sharpe pensó en la letra que acompañaba aquella melodía: «Una mañana, en el prado perlado de rocío, una hermosa y rubia doncella cogía violetas de un azul intenso», y la delicada insolencia de Harper hizo que se

riera en voz alta. Entonces lanzó una maldición al sargento, que seguía sonriendo triunfalmente.

—Fue Josefina —admitió Sharpe.

—¡Vaya, la señorita Josefina! ¿Cómo está?

—Muy bien —respondió Sharpe vagamente.

—Me alegra oírlo —dijo Harper con sinceridad—. Así que tomó el té con ella, ¿no, señor?

—Sí, tomé el maldito té con ella, sargento.

—Por supuesto, señor —dijo Harper. Anduvo unos cuantos pasos en silencio y luego decidió volver a probar suerte—. Yo creía que la señorita Teresa le gustaba mucho, señor.

—¿La señorita Teresa? —preguntó Sharpe, como si aquel nombre le resultara completamente desconocido, aunque en las últimas semanas apenas había dejado de pensar en la chica de rasgos aguileños que cruzó la frontera hacia España cabalgando con las fuerzas partisanas. Sharpe miró al sargento, que tenía una expresión de plácida inocencia en su ancho rostro—. Teresa me gusta mucho —prosiguió Sharpe, a la defensiva—, pero ni siquiera sé si volveré a verla.

—Pero le gustaría —señaló Harper.

—¡Pues claro que me gustaría! ¿Y qué? Hay chicas a las que te gustaría ver de nuevo pero no por eso te comportas como un maldito santo esperándolas, ¿verdad?

—Cierto —admitió Harper—. Ya entiendo por qué no quería regresar con nosotros, señor. Ahí estaba usted, tomando el té mientras la señorita Josefina cosía, y se lo deben de haber pasado estupendamente.

—No quería regresar —replicó Sharpe con aspereza— porque me prometieron un mes de permiso. ¡Un mes, maldita sea! ¡Y me dieron una semana!

Harper no demostró la más mínima comprensión. Se suponía que el mes de permiso era la recompensa de Sharpe por recuperar una reserva de oro del otro lado de las líneas enemigas, pero en aquella excursión había participado to-

da la compañía ligera y nadie había sugerido que les dieran un mes de permiso al resto. Por otro lado, Harper entendía perfectamente la taciturnidad de Sharpe, pues la idea de perder todo un mes en la cama de Josefina era como para que hasta un obispo le diera a la ginebra.

—Una maldita semana —gruñó Sharpe—. ¡Condenado ejército de mierda! —Se hizo a un lado del camino y esperó a que la compañía se acercara.

En realidad, su malhumor poco tenía que ver con su permiso truncado, pero no podía reconocer ante Harper la verdadera causa. Recorrió la columna con la mirada, buscando al teniente Slingsby. Ése era el problema. El maldito cabrón del teniente Cornelius Slingsby.

Cuando la compañía alcanzó a Sharpe, los soldados se sentaron al borde del sendero. Gracias a los reclutas venidos de Inglaterra, Sharpe estaba entonces al mando de una tropa de cincuenta y cuatro hombres. Los recién llegados destacaban por sus casacas de un rojo intenso. Los uniformes de los demás soldados habían palidecido bajo el sol y llevaban tantos remiendos de tela portuguesa de color pardo que, desde lejos, tenían más aspecto de vagabundos que de soldados. Slingsby, cómo no, había puesto objeciones.

—Uniformes nuevos, Sharpe —había cotorreado con entusiasmo—. Los soldados tendrán un aspecto más elegante con uniformes nuevos. ¡Un magnífico paño nuevo les dará energía! Deberíamos encargarnos. —Maldito idiota, había pensado Sharpe. Los uniformes nuevos llegarían a su debido tiempo, probablemente en invierno, y no serviría de nada pedirlos antes; además, a los soldados les gustaban sus viejas y cómodas casacas, y también sus mochilas francesas de cuero. Los nuevos soldados llevaban unas mochilas británicas, fabricadas por Trotters, que se aferraban al pecho de manera que, en una larga marcha, tenías la sensación de que una banda de hierro al rojo te oprimía las costillas. El



tormento Trotters, las llamaban, y las mochilas francesas eran mucho más cómodas.

Sharpe fue recorriendo la compañía y ordenó a todos los recién llegados que le dieran sus cantimploras que, como él ya se esperaba, estaban vacías.

—Son unos malditos idiotas —dijo Sharpe—. ¡Tienen que racionarla! ¡Un sorbo cada vez! ¡Sargento Read!

—¿Señor? —Read, un casaca roja metodista, se acercó a Sharpe.

—Asegúrese de que nadie les dé agua, sargento.

—Lo haré, señor. Así lo haré.

A media tarde los nuevos soldados estarían secos como el polvo. Tendrían la garganta hinchada y la respiración áspera, pero al menos no volverían a ser tan estúpidos. Sharpe siguió caminando junto a la columna hacia el teniente Slingsby, que hacía avanzar a la retaguardia.

—No hay rezagados, Sharpe —dijo Slingsby con el entusiasmo de un terrier pensando que merece una recompensa. Era un hombre de baja estatura, espalda recta, hombros fornidos, rebosante de eficiencia—. El señor Iliffe y yo conseguimos que siguieran adelante.

Sharpe no dijo nada. Hacía una semana que conocía a Cornelius Slingsby y durante esa semana le había tomado una aversión a ese hombre que rayaba en lo criminal. No existían motivos para dicho odio, a menos que el hecho de que una persona te cayera mal nada más verla fuera una buena razón; sin embargo, todo en Slingsby irritaba a Sharpe, ya fuera su nuca, plana como la hoja de una pala, sus ojos saltones, su bigote negro, las venas rotas de su nariz, sus risotadas o su modo de andar dándose aires. Al volver de Lisboa, Sharpe se había encontrado con que Slingsby había reemplazado a su teniente, el responsable Robert Knowles, que había sido nombrado ayudante del regimiento.

—Cornelius es como un pariente —le había explicado vagamente a Sharpe el teniente coronel, el honorable Wi-

William Lawford—, le parecerá un tipo estupendo.

—¿En serio, señor?

—Se alistó tarde —había seguido diciendo Lawford—, que es la razón por la que todavía es teniente. Bueno, es capitán honorífico, por supuesto, pero aun así es teniente.

—Yo me alisté pronto, señor —le había dicho Sharpe—, y todavía soy teniente. Capitán honorífico, por supuesto, pero aun así soy teniente.

—Oh, Sharpe —el tono de Lawford fue de exasperación—. No hay nadie que tenga más conocimiento de sus virtudes que yo. Si hubiera una capitanía disponible... —Dejó aquella idea en el aire, aunque Sharpe ya sabía la respuesta.

Lo habían nombrado teniente, lo cual era una especie de milagro para un hombre que se había alistado en el ejército como soldado raso analfabeto, y le habían concedido una capitanía honorífica, cosa que significaba que le pagaban como a un capitán aunque su verdadero grado seguía siendo el de teniente, pero sólo podía conseguir el verdadero ascenso si compraba una capitanía vacante o si Lawford lo ascendía, lo cual era mucho menos probable.

—Yo lo aprecio, Sharpe —había seguido diciendo el coronel—, pero también tengo esperanzas en Cornelius. Tiene treinta años. O tal vez treinta y uno. Es mayor para ser teniente, pero está lleno de entusiasmo, Sharpe, y tiene experiencia. Mucha experiencia.

Ahí estaba el problema. Antes de incorporarse al South Essex, Slingsby había estado en el 55.º, un regimiento que servía en las Antillas, donde la fiebre amarilla había diezmando las filas de oficiales y, en consecuencia, habían nombrado capitán honorífico a Slingsby, o más aún, capitán de la compañía ligera del 55.º, y como resultado creía saber tanto como Sharpe sobre los asuntos militares. Lo cual podría haber sido cierto, pero no lo superaba en todo lo relativo al combate.

—Quiero que se haga cargo de él —había concluido el coronel—. Encamínelo, Sharpe, ¿eh?

Lo encaminaría a una muerte temprana, había pensado Sharpe agriamente, pero había tenido que ocultar sus pensamientos, y seguía haciendo todo lo posible para disimular su odio cuando Slingsby señaló la estación telegráfica.

—El señor Iliffe y yo vimos a algunos hombres allí arriba, Sharpe. Una docena de ellos, creo. Y uno de ellos parecía llevar un uniforme azul. No deberían estar ahí arriba, ¿verdad?

Sharpe dudaba que el alférez Iliffe, un oficial recién llegado de Inglaterra, hubiera visto nada, en tanto que él ya se había fijado en los soldados y los caballos hacía quince minutos y desde entonces se había estado preguntando qué estaban haciendo aquellos desconocidos en lo alto de la colina, pues oficialmente la estación telegráfica estaba abandonada. Normalmente la guarnecían unos cuantos soldados que protegían al guardiamarina encargado de manejar las bolsas negras que se izaban y se arriaban por el alto mástil para enviar mensajes de un extremo a otro de Portugal. Pero los franceses ya habían cortado la cadena más al norte, los británicos se habían retirado de aquellas montañas y, por alguna razón, aquella estación no había sido destruida. No tenía sentido dejarla intacta para que la utilizaran los franchutes, de modo que a la compañía de Sharpe la habían separado del batallón y le habían asignado la sencilla tarea de quemar el telégrafo.

—¿Podría ser un francés? —preguntó Slingsby, refiriéndose al uniforme azul. Parecía ansioso, como si quisiera abalanzarse ladera arriba. Rozaba el metro sesenta de estatura y poseía un aire de alerta perpetua.

—Da igual si es un maldito franchute —le dijo Sharpe en tono agrio—, nosotros somos más. Mandaré al señor Iliffe allá arriba para que le pegue un tiro. —Iliffe puso cara de susto. Tenía diecisiete años y aparentaba catorce, un muchacho huesudo cuyo padre le había comprado una ofi-

cialía porque no sabía qué hacer con el chico—. Enséñeme su cantimplora —ordenó Sharpe a Iliffe.

Iliffe pareció asustado.

—Está vacía, señor —confesó, y se encogió, como si esperara que Sharpe lo castigara.

—¿Sabe lo que les dije a los soldados que tenían la cantimplora vacía? —le preguntó Sharpe—. Que eran unos idiotas. Pero usted no lo es, porque usted es un oficial y no hay ningún oficial que sea idiota.

—Absolutamente correcto, señor —terció Slingsby, y soltó un resoplido. Siempre resoplaba al reírse y Sharpe reprimió las ganas de cortarle el cuello a ese mal nacido.

—Resérvese el agua —le dijo Sharpe, que le lanzó de nuevo la cantimplora a Iliffe—. ¡Sargento Harper! ¡Siga marchando!

Tardaron otra media hora en llegar a la cima de la colina. Por lo visto, el edificio parecido a un granero era una ermita, pues había una imagen desportillada de la Virgen María colocada en una hornacina encima de la puerta. La torre telegráfica se había construido contra el hastial del lado este de la ermita, que contribuía a sostener el entramado de gruesos maderos que aguantaban la plataforma sobre la que el guardamarina llevaba a cabo su arcana habilidad. En aquellos momentos la torre se hallaba desierta y las cuerdas para hacer señales, amarradas, golpeaban contra el mástil alquitranado, a merced del fresco viento que soplaba en la cima. Las vejigas pintadas de negro se habían retirado, pero las cuerdas que se utilizaban para subirlas y bajarlas seguían en su sitio y de una de ellas colgaba un cuadrado de tela blanca, por lo que Sharpe se preguntó si aquellos desconocidos de lo alto de la colina habían izado la improvisada bandera para mandar una señal.

Los desconocidos, una docena de civiles, se hallaban junto a la puerta de la ermita y con ellos estaba un oficial de la infantería portuguesa cuya casaca descolorida era de un color azul muy parecido al de los franceses. Fue el oficial

quien avanzó a grandes zancadas para ir al encuentro de Sharpe.

—Soy el comandante Ferreira —dijo en buen inglés—, ¿y usted?

—El capitán Sharpe.

—Y yo el capitán Slingsby. —El teniente Slingsby se había empeñado en acompañar a Sharpe para encontrarse con el oficial portugués, al igual que se había empeñado en utilizar su rango honorífico aunque ya no tenía derecho a hacerlo.

—Estoy al mando —dijo Sharpe lacónicamente.

—¿Y cuál es su objetivo, capitán? —quiso saber Ferreira. Era un hombre alto, delgado y moreno, con un bigote muy bien cuidado. Poseía los modales y el porte de una persona privilegiada, pero Sharpe notó cierto desasosiego en el comandante portugués, un desasosiego que Ferreira intentó disimular con unos modales bruscos que incitaron a Sharpe a mostrarse insolente. Venció la tentación y en lugar de eso le dijo la verdad.

—Tenemos órdenes de quemar el telégrafo.

Ferreira miró a los soldados de Sharpe, que estaban llegando desordenadamente a la cima de la colina. Las palabras de Sharpe parecieron sorprenderlo, pero entonces sonrió de un modo poco convincente.

—Lo haré por usted, capitán. Será un placer.

—Llevaré a cabo mis órdenes, señor —replicó Sharpe.

Ferreira intuyó la insolencia y dirigió una mirada socarrona a Sharpe. Por un instante Sharpe creyó que el comandante portugués iba a dirigirle una reprimenda pero, en lugar de eso, Ferreira asintió con un breve movimiento de la cabeza.

—Si insiste —dijo—, pero hágalo enseguida.

—¡Enseguida, señor! —intervino Slingsby con entusiasmo—. ¡No tiene sentido esperar! —se volvió hacia Harper—. ¡Sargento Harper! Traiga los combustibles, si es tan amable. ¡Vamos, hombre, deprisa!

Harper dirigió una mirada a Sharpe buscando su aprobación a las órdenes del teniente, pero Sharpe no dejó traslucir nada, por lo que el irlandés grandote lanzó un grito a la docena de hombres que iban cargados con unas redes para el forraje de la caballería que estaban repletas de paja. Otros seis hombres llevaban tarros de trementina con la que se empapó la paja que habían amontonado junto a las cuatro patas de la estación telegráfica. Ferreira los observó durante un rato mientras trabajaban y luego regresó para reunirse con los civiles, que parecían preocupados por la llegada de los soldados británicos.

—Todo está preparado, señor —le gritó Harper a Sharpe—, ¿quiere que lo encienda?

Slingsby se anticipó a Sharpe:

—¡No perdamos el tiempo, sargento! —exclamó con tono de eficiencia—. ¡Préndale fuego!

—Espere —gruñó Sharpe, lo que hizo que Slingsby parpadeara ante la aspereza de su tono. Se suponía que los oficiales debían tratarse con educación delante de los soldados, pero Sharpe había hablado con enojo y la mirada que lanzó a Slingsby hizo que éste retrocediera un paso, sorprendido. Slingsby puso mala cara pero no dijo nada, en tanto que Sharpe trepaba por la escalera a la plataforma del mástil que se alzaba a unos cuatro metros y medio por encima de la cumbre. Los tablones tenían tres marcas que indicaban el lugar donde el guardiamarina había colocado su trípode para poder mirar las torres telegráficas vecinas e interpretar sus mensajes. La estación del norte ya había sido destruida, pero al mirar hacia el sur Sharpe distinguió la siguiente torre en algún lugar al otro lado del río Criz, aún detrás de las líneas británicas. No permanecería detrás de las líneas durante mucho más tiempo, pensó. El ejército del mariscal Masséna estaba invadiendo el centro de Portugal y los británicos se retirarían hacia sus líneas defensivas recién construidas en Torres Vedras. El plan consistía en retirarse a las nuevas fortificaciones, dejar que los franceses se acerca-

ran y entonces acabar con sus inútiles ataques o ver cómo se morían de hambre.

Y para contribuir a que se murieran de hambre, los británicos y los portugueses los estaban dejando sin nada. Se estaban vaciando todos los graneros, despensas y almacenes. Las cosechas se incendiaban en los campos, los molinos se destruían y los pozos se contaminaban con cuerpos de animales muertos. Los habitantes de todas las ciudades y pueblos del centro de Portugal eran desalojados junto con sus animales de cría, con órdenes de dirigirse al otro lado de las líneas de Torres Vedras o de subir a las altas montañas, donde los franceses no se animarían a seguirlos. La intención era que el enemigo se encontrara con una tierra arrasada, desprovista de todo, incluso de las cuerdas de los telégrafos.

Sharpe desató una de las cuerdas para hacer señales y bajó la bandera blanca, que resultó ser un gran pañuelo de hilo de buena calidad, con un cuidadoso dobladillo y las iniciales PAF bordadas en color azul en una esquina. ¿Ferreira? Sharpe bajó la mirada hacia el comandante portugués que lo estaba observando.

—¿Es suyo, comandante? —le preguntó Sharpe.

—No —le respondió Ferreira.

—Entonces es mío —repuso Sharpe, y se guardó el pañuelo en el bolsillo. Vio la expresión de ira de Ferreira y le resultó divertida—. Quizá quiera trasladar a esos caballos —con un gesto de la cabeza señaló a los animales que estaban atados a unas estacas junto a la ermita— antes de que quememos la torre.

—Gracias, capitán —le dijo Ferreira en tono gélido.

—¿La quemamos ya, Sharpe? —preguntó Slingsby desde el suelo.

—No hasta que no haya bajado de la maldita plataforma —respondió Sharpe con un gruñido.

Echó un último vistazo a su alrededor y vio una pequeña neblina de humo de pólvora de un gris blanquecino a lo le-